

un soplo inmortal! No nos habéis de esos misterios del alma, ni de las secretas delicias de la virtud; ¡gracias de la niñez, amores de la juventud, noble amistad, elevación de la inteligencia, encantos del sepulcro y de la patria, todos vuestros prestigios se desvanecen!

La incredulidad trae además consigo el espíritu razonador, las definiciones abstractas, el estilo científico y el neologismo, cosas mortales para el gusto y la elocuencia.

Es posible que la suma de talentos repartidos á los autores del siglo xviii sea igual á la que recibieron los del siglo xvii. ¿Por qué pues este siglo es superior al primero? Porque, tiempo es ya de hablar sin ambages, los escritores de nuestra edad han sido, generalmente hablando, colocados á demasiada altura. Si hay tanto que censurar, como todos confiesan, en las obras de Rousseau y de Voltaire, ¿qué diremos de las de Raynal y Diderot? Háse ensalzado, y en verdad no sin razón, el método de nuestros últimos metafísicos; pero hubiérase, no obstante, debido advertir que hay dos géneros de claridad: la una pertenece á un orden vulgar de ideas, pues una idea trivial se explica fácilmente; pertenece la otra á una admirable facultad de concebir y expresar distintamente un pensamiento enérgico y complejo. Los guijarros del fondo de un arroyo se divisan sin trabajo, porque sus aguas no son profundas; pero el ámbar, el coral y las perlas atraen las miradas del escudriñador á profundidades inmensas, bajo las transparentes olas del abismo.

Esto sentado, si nuestro siglo literario es inferior al de Luis XIV, debemos buscar la causa de ello en nuestra religión. Hemos demostrado ya que Voltaire hubiera ganado tanto siendo cristiano, que disputaría hoy la palma de las Musas á Racine. Sus obras presentarían ese colorido moral sin el cual nada hay perfecto; ofrecerían también esos recuerdos de los tiempos que fueron, cuya ausencia forma en ellas tan gran vacío. El que reniega del Dios de su patria, casi nunca profesa respeto á la memoria de sus padres; ningún interés encierran para él los sepulcros; las instituciones de sus antepasados le parecen costumbres bárbaras, ni encuentra placer alguno en traer á la memoria las sentencias, la sabiduría y las inclinaciones de su madre.

Y sin embargo, es indudable que la mayor parte del genio se compone de esta clase de recuerdos. Las cosas mas hermosas que un autor puede consignar en un libro son los sentimientos que le inspiran las reminiscencias, siempre gratas, de los primeros días de su juventud. Voltaire desconoció no poco estas reglas de crítica, tan dulces por otra parte, al burlarse sin cesar de las costumbres y de los trajes de nuestros mayores. ¿En qué consiste que lo que halaga á los demás hombres, es precisamente lo que repugna al incrédulo?

La Religión es el móvil mas poderoso del amor patrio, y los escritores piadosos han hecho brillar siempre en sus producciones este noble sentimiento. ¡Con cuánto respeto, con cuán alta opinión hablan siempre de la Francia los escritores del siglo de Luis XIV! ¡Guay del que insulta á su país! Cansese la patria de sernos ingrata, antes que nosotros nos cansemos de amarla; ¡sea nuestro corazón mayor que sus injusticias!

Si el hombre religioso ama á su patria, atribuirse debe á que su espíritu es sencillo, y á que los sentimientos naturales que nos unen á los campos de nuestros abuelos son el cierto modo el fondo y el hábito de su corazón. Da la mano á sus padres é hijos, y está plantado en el suelo natal, como la encina que ve hundirse en la tierra sus añosas raíces, mientras ostenta en su copa los nacientes retoños.

Rousseau es uno de los escritores del siglo pasado cuyo estilo tiene mas carácter singular por sistema, se ha debido á lo menos una

sombra de Religión, y tenía fe en una cosa, que si no era Jesucristo, era por lo menos el Evangelio; este fantasma de Cristianismo ha prestado algunas veces no poco interés á su genio. El, que con tanta fuerza tronó contra los sofistas, ¿no hubiera procedido mas acertadamente, abandonándose á la ternura de su alma, que perdiéndose como ellos en sistemas, cuyos vetustos errores se limitó á rejuvenecer?

Nada faltaría á Buffon si hubiese tenido tanta sensibilidad como elocuencia. Hé aquí la reflexión que tenemos lugar de hacer á cada paso, que repetimos hasta la saciedad, y de que nunca convenceremos bastante al siglo: sin Religión no hay sensibilidad. Buffon sorprende por su estilo, pero pocas veces logra enternecer. Léase su admirable artículo del perro; todos los perros están descritos en él: el perro cazador, el perro pastor, el perro salvaje, el perro del potentado, el perro del elegante, etc. ¿Qué perro falta en él? El del ciego. Pues bien: un cristiano se hubiera acordado desde luego de este perro.

Generalmente hablando, las relaciones tiernas se ocultaron á Buffon. Y no obstante, hagamos justicia á este gran pintor de la naturaleza: su estilo presenta una rara perfección. Para ajustarse tan exactamente á todas las consideraciones dignas de respeto; para no colocarse nunca ni muy alto ni muy bajo, preciso es tener mucha regularidad en el espíritu y en la conducta. Sabido es que Buffon respetaba todo lo digno de respeto y que no creía que la filosofía consistiese en hacer público alarde de la incredulidad, insultando los altares de veinte y cuatro millones de hombres. Era exacto en el cumplimiento de sus deberes cristianos, y servía de ejemplo á sus criados. Rousseau, ateniéndose al fondo y rechazando las formas exteriores del culto, hace ver en sus escritos la ternura de la Religión con el mal tono del sofista; en Buffon, por el contrario, se advierte la sequedad de la filosofía, á la par de las fórmulas de la Religión. El Cristianismo colocó en el fondo del estilo del primero el encanto, el abandono y el amor; y en el exterior del estilo del segundo, el orden, la claridad y la magnificencia. Así, las obras de estos dos hombres célebres presentan en bien y en mal, el sello de lo que escogieron y rechazaron de la Religión.

Al nombrar á Montesquieu, nombramos al verdadero gran hombre del siglo XVIII. *El espíritu de las Leyes*, y las *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos*, vivirán cuanto viva la lengua en que están escritas. Si en una obra de su juventud, lanzó Montesquieu contra la Religión algunas de las sátiras con que ridiculizaba nuestras costumbres, esto fue un error pasajero ó una especie de tributo pagado á la corrupción de la Regencia. Pero en el libro que colocó á Montesquieu en la categoría de los hombres ilustres, reparó de una manera brillante sus extravíos, haciendo el elogio del culto que había tenido la imprudencia de atacar. Su edad madura y el mismo interés de su gloria le hicieron comprender que para erigir un monumento duradero, era preciso abrir sus cimientos en un terreno menos movedizo que el polvo de este mundo: su genio, que abarcaba todos los tiempos, se apoyó en la única religión á que ha sido prometida la plenitud de los tiempos.

Dedúcese de estas reflexiones, que los escritores del siglo XVIII deben la mayor parte de sus defectos á un falso sistema de filosofía, y que si hubiesen sido mas religiosos, se hubieran acercado mas á la perfección.

Ha habido en nuestra edad, salvas algunas escasas excepciones, una especie de aborto general de talentos. Y aun pudiera decirse que la impiedad, que esteriliza todo, se manifiesta también en el empobrecimiento de la naturaleza física. Dirigid, sino, la vista á las generaciones posteriores al siglo de Luis XIV. ¿Dónde están aquellos hombres de magestuoso y tranquilo semblante, de noble apostura y vestido, de

locucion esmerada, de aspecto guerrero y clásico, conquistador é inspirado por las artes? No, no los hallamos ya por mas que los busquemos. Hombres pequeños y oscuros pasean cual pigmeos bajo los soberbios pórticos de los monumentos de otra edad; hombres cuya dura frente se pintan el egoísmo y el desprecio de Dios, perdieron la dignidad del traje y la pureza del habla; tomáseles pudiera, no ya por los hijos, sino por los farsantes de la gran raza que les ha precedido.

Los discípulos de la nueva escuela marchitan la imaginación con cierta verdad que no es la verdad. Su estilo es seco, su expresión carece de franqueza, y en su imaginación no brillan el amor ni el fuego; no tienen unción, ni facultad, ni sencillez. No se advierten en sus obras pensamientos robustos y vigorosos; ni respira en ellas la inmensidad, porque falta la Divinidad. En lugar de esa tierna religión, de este armonioso instrumento de que los autores del siglo de Luis XIV se servían para hallar el tono de su elocuencia, los escritores modernos hacen uso de una filosofía mezquina que todo lo divide, que mide á compás los sentimientos, que somete el alma al cálculo, y reduce el universo, sin excluir á Dios, á una pasajera sustracción de la nada.

Así, pues, el siglo xviii disminuye diariamente en la perspectiva, mientras que el xvii parece elevarse á medida que nos alejamos de él; el uno baja, el otro sube á los cielos. Vano empeño sería el de deprimir el genio de Bossuet y el de Racine, pues representa esa colosal figura de Homero que se vislumbra á través de las edades: algunas veces queda oscurecida por el polvo que levanta un siglo al desplomarse; pero no bien desaparece la impura nube, se ve reaparecer la magestuosa figura, que ha agigantado sus proporciones para dominar las nuevas ruinas.

LIBRO QUINTO.

Armonías de la religión cristiana con las escenas de la naturaleza y las pasiones del corazón humano.

CAPÍTULO PRIMERO.

Division de las armonías.

ANTES de pasar á la descripción del culto, debemos examinar algunos asuntos que no hemos podido desenvolver cumplidamente en los libros anteriores. Estos asuntos se relacionan con el aspecto físico ó el moral de las artes. Así, pues, las localidades de los monasterios, las ruinas de los monumentos religiosos, etc., se refieren á la parte material de la arquitectura, mientras que los efectos de la doctrina cristiana atañen á la parte dramática y descriptiva de la poesía, á la par de las pasiones del corazón humano y de los cuadros de la naturaleza.

Estos son los asuntos que reunimos en este libro, bajo el título general de *Armonías*, etc.

CAPÍTULO II.

ARMONÍAS FÍSICAS.

Continuación de los monumentos religiosos, conventos de maronitas, coftos, etc.

HAY en las cosas humanas dos clases de naturaleza, colocadas, una al principio, y otra al fin de la sociedad. Si así no fuese, el hombre, alejándose siempre de su origen, hubiérase trocado en una especie de monstruo; pero, merced á una ley providencial, cuanto mas se civiliza, mas se acerca á su primitivo esta-

do, pues acontece que la ciencia en su mas alto grado es la ignorancia, y que las artes perfectas son la naturaleza.

Esta naturaleza, ó sea la *naturaleza social*, es la mas hermosa: en ella el genio es el instinto, y la virtud la inocencia, porque el genio y la virtud del hombre civilizado no son otra cosa que el instinto y la inocencia perfeccionados del salvaje. Pero nadie puede comparar un indio del Canadá á Sócrates, aunque aquel sea, rigurosamente hablando, tan moral como este; ó bien sería necesario sostener que la paz de las pasiones no desarrolladas en el niño, tiene la misma excelencia que la paz de las pasiones dominadas en el hombre, y que el ser dotado de meras sensaciones es igual al ser pensador, lo que equivaldría á decir que la debilidad es tan hermosa como la fuerza. Un pequeño lago no devasta sus orillas, y nadie se admira de ello, pues su impotencia produce su reposo; pero la calma complace en el mar, porque este tiene el poder de desatar las tormentas, y admiramos el silencio del abismo porque procede de la misma profundidad de sus aguas.

Entre los siglos del estado natural y los de la civilización, hay otros que hemos apellidado *siglos de barbarie*, y que fueron ignorados de los antiguos. Compónense de la reunión súbita de un pueblo culto y de un pueblo salvaje; estas edades deben ser notables por la corrupción del gusto. Por un lado, el hombre salvaje, al apoderarse de las artes, no tiene bastante delicadeza para llevarlas hasta la elegancia; y por otro, el hombre culto no tiene bastante sencillez para descender de nuevo á la mera naturaleza.

Nada puede entónces esperarse de puro sino en los objetos donde obra directamente una causa moral, con independencia de las temporales. Por esta razón, los primeros solitarios, entregados al gusto delicado y seguro de la Religión, que nunca engaña cuando nada extraño se mezcla á él, eligieron en las diferentes partes del mundo los sitios mas notables para fundar en ellos sus monasterios. No hay ermitaño que no sepa, tan bien como Claudio de Lorena ó Lenotre, el peñasco en que debe establecer su gruta.

Véanse aquí y acullá en la cadena del Líbano muchos conventos maronitas, construidos sobre los abismos. Penétrase en unos por medio de largas cavernas, cuya entrada se cierra con enormes piedras, y á otros no puede subirse sino por medio de una cesta colgante. El río santo sale del pie de la montaña; el bosque de negros cedros domina el cuadro, y está á su vez dominado por las redondeadas cumbres que la nieve cubre con su blancura. El prodigio no termina hasta el momento en que se llega al monasterio, en cuyo interior se ven viñas, arroyos y bosquecillos, y en su exterior se admira una naturaleza horrorosa, y la tierra que se pierde y huye con sus rios, sus campos y sus mares en las azuladas profundidades. Alimentados por la Religión, entre la tierra y el firmamento en aquellas escarpadas rocas, los piadosos solitarios emprenden su vuelo hácia los cielos como las águilas de sus montañas.

Las celdas redondas y separadas de los conventos egipcios están encerradas en el recinto de una muralla que les defiende de los árabes. Desde la cúspide de la torre que descuellan en medio de estos conventos, descúbrese vastas llanuras de arena sobre las que se levantan los pardos vértices de las Pirámides, ó los mojones que indican el camino al viajero. Tal vez, una caravana abisinia ó algunos beduinos errantes cruzan á lo lejos uno de los horizontes de la movable extensión; tal vez, el viento meridional oscurece la mágica perspectiva en una atmósfera de polvo. La luna ilumina un suelo desnudo, donde las mudas brisas no encuentran ni una brizna de yerba en que formar una verde alfombra; el desierto sin árboles se muestra por doquier, y las adyacencias del mo-

nasterio se ve algun efecto del manto de la noche. En el istmo de Panamá, en la América, el cenóbita puede contemplar desde lo alto de su convento los dos mares que bañan las dos costas del Nuevo-Mundo: agitado por lo regular el uno cuando el otro descansa,

ambos ofrecen á las meditaciones el doble cuadro de la calma y la tormenta.

Los conventos situados en los Andes ven aplanarse en lontananza las olas del Océano Pacífico. Un cielo transparente rebaja el círculo de sus horizontes sobre



VUELTA DEL PEREGRINO.

la tierra y los mares, y parece encerrar el edificio religioso dentro de un globo de cristal. La capuchina reemplaza la yedra religiosa, y borda con sus cifras de escarlata los muros sagrados; el lamaz vadea el torrente sobre un puente flotante de lianas, y el infeliz peruano va á orar al Dios de Las-Casas.

Todos han visto en Europa las antiguas abadías ocultas en los bosques, donde solose descubren al viajero por sus campanarios que se pierden entre las copas de

las encinas. Los monumentos vulgares reciben su grandeza de los convecinos paisajes; la religion cristiana, por el contrario, embellece el teatro en que coloca sus altares y suspende sus santas decoraciones. Hemos hablado de los conventos europeos en la historia de René, y pintado algunos de sus efectos en medio de las escenas de la naturaleza; ahora, para acabar de hacer ver al lector estos monumentos, trasladamos aquí un precioso fragmento que debemos á la amistad. Su au-

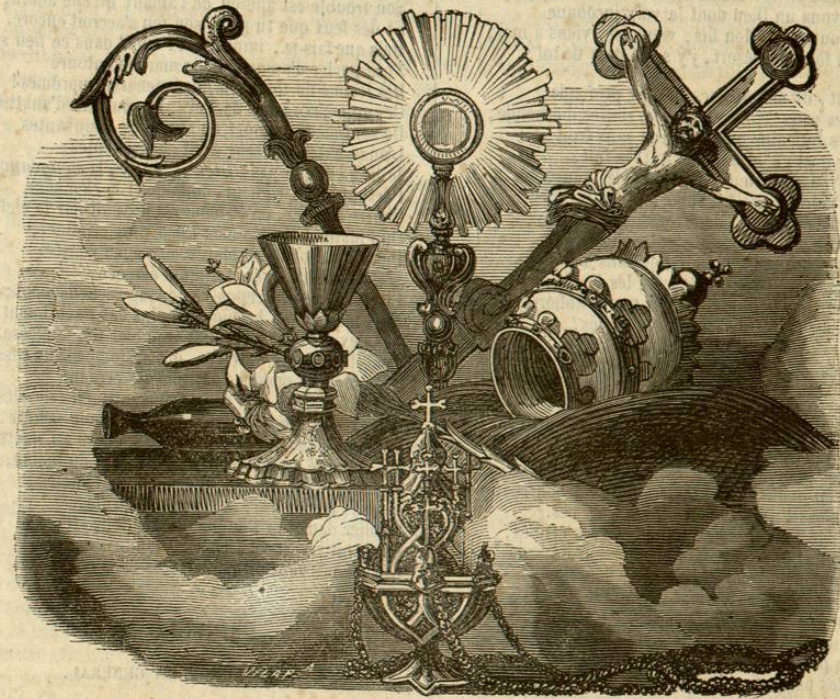
tor ha hecho en él tan radicales variaciones, que puede considerarse una obra nueva. Estos hermosos versos probarán á los poetas que su número ganaria mas en meditar en los claustros que en hacerse eco de la impiedad. Intitúlense: *La Cartuja de Paris*.

Vieux cloître où de Bruno les disciples cachés
Renferment tous leurs vœux sur le ciel attachés;
Cloître saint, ouvre-moi tes modestes portiques!
Laisse-moi m'égarer dans ces jardins rustiques
Où venait Catinat méditer quelquefois,
Heureux de fuir la cour et d'oublier les rois.

J'ai trop connu Paris: mes légères pensées,
Dans son enceinte immense au hasard dispersées,
Veulent enfin rejoindre et lier tous les jours
Leur fil demi-formé, qui se brise toujours.
Seul, je viens recueillir mes vagues rêveries.

Fuyez, bruyants remparts, pompeuses Tuileries,
Louvre, dont le portique à mes yeux éblouis
Vaute après cent hivers la grandeur de Louis,
Je préfère ces lieux où l'âme, moins distraite,
Même au sein de Paris peut goûter la retraite:
La retraite me plaît, elle eut mes premiers vers.
Déjà, de feux moins vifs éclairant l'univers,
Septembre loin de nous s'enfuit et décolore
Cet éclat dont l'année un moment brille encore.
Il redouble la paix qui m'attache en ces lieux;
Son jour mélancolique, et si doux à nos yeux,
Son vert plus rembruni, son grave caractère,
Semble se conformer au deuil du monastère.
Sous ces bois jaunissants j'aime à m'ensevelir,
Couché sur un gazon qui commence à pâlir,
Je jouis d'un air pur, de l'ombre et du silence.

Ces chars tumultueux où s'assied l'opulence,
Tous ces travaux, ce peuple à grands flots agité,
Ces sons confus qu'élève une vaste cité,
Des enfants de Bruno ne troublent point l'asile;



ORNAMENTOS DE LA IGLESIA.

Le bruit les environne, et leur âme est tranquille.
Tous les jours, reproduit sous des traits inconstants,
Le fantôme du siècle emporté par le temps
Passe et roule autour d'eux ses pompes mensongères.
Mais c'est en vain: du siècle ils ont fui les chimères;
Hormis l'éternité tout est songe pour eux.
Vous déplorez pourtant leur destin malheureux!
Quel préjugé funeste á des lois si rigides
Attacha, dites-vous, ces pieux suicides?
Ils meurent longuement, rongés d'un noir chagrin:
L'autel garde leurs vœux sur des tables d'airain;
Et le seul désespoir habite leurs cellules.

Hé bien! vous qui plaignez ces victimes crédules,
Pénétrez avec moi ces murs religieux:
N'y respirez-vous pas l'air paisible des cieus?
Vos chagrins ne sont plus, vos passions se taisent,
Et du cloître muet les ténèbres vous plaisent.

Mais quel lugubre son, du haut de cette tour,
Descend et fait frémir les dortoirs d'alentour?

C'est l'airain qui, du temps formidable interprète,
Dans chaque heure qui fuit, á l'humble anachorète
Redit en longs échos: Songe au dernier moment!
Le son sous cette voûte expire lentement;
Et quand il á cessé, l'âme en frémit encore.
La Méditation qui, seule dès l'aurore,
Dans ces sombres parvis marche en baissant son oeil,
A ce signal s'arrête, et lit, sur un cercueil,
L'épithaphe á demi par les ans effacée,
Qu'un gothique écrivain dans la pierre á tracée.
O tableaux éloquent! oh! combien á mon cœur
Plait ce dôme noirci d'une divine horreur,
Et le lierre embrassant ces débris de murailles
Où croasse l'oiseau chantre des funérailles;
Les approches du soir, et ces ifs attristés
Où glissent du soleil les dernières clartés;
Et ce buste pieux que la mousse environne,
Et la cloche d'airain á l'accent monotone;
Ce temple où chaque aurore entend de saints concerts
Sortir d'un long silence et monter dans les airs;
Un martyr dont l'autel a conservé les restes,

Et le gazon qui croit sur ces tombeaux modestes
Où l'heureux cénobite a passé sans remord
Du silence du cloître à celui de la mort!

Cependant sur ces murs l'obscurité s'abaisse,
Leur deuil est redoublé, leur ombre est plus épaisse;
Les hauteurs de Meudon me cachent le soleil,
Le jour meurt, la nuit vient: le couchant, moins vermeil
Voit pâlir de ses feux la dernière étincelle.
Tout à coup se rallume une aurore nouvelle
Qui monte avec lenteur sur les dômes noircis
De ce palais voisin qu'éleva Médicis (1);
Elle en blanchit le faite, et ma vue enchantée
Reçoit par ces vitraux la lueur argentée.
L'astre touchant des nuits verse du haut des cieux
Sur les tombes du cloître un jour mystérieux,
Et semble y réfléchir cette douce lumière
Qui des morts bienheureux doit charmer la paupière.
Ici, je ne vois plus les horreurs du trépas:
Son aspect attendrit et n'épouvante pas.
Me trompé-je? Ecoutez: sous ces voûtes antiques
Parviennent jusqu'à moi d'invisibles cantiques,
Et la Religion, le front voilé, descend:
Elle approche: déjà son calme attendrissant,
Jusqu'au fond de votre âme en secret s'insinue;
Entendez-vous un Dieu dont la voix inconnue
Vous dit tout bas: Mon fils, viens ici, viens à moi;
Marche au fond du désert, j'y serai près de toi?

Maintenant, du milieu de cette paix profonde,
Tournez les yeux: voyez, dans les routes du monde,
S'agiter les humains que travaille sans fruit
Cet espoir obstiné du bonheur qui les fuit.
Rappelez-vous les mœurs de ces siècles sauvages
Où, sur l'Europe entière apportant les ravages,
Des Vandales obscurs, de farouches Lombards,
Des Goths se disputaient le sceptre des Césars.
La force était sans frein, le faible sans asile:
Parlez, blâmez-vous les Ben-jit, les Basile,
Qui, loin du siècle impie, en ces temps abhorrés,
Ouvrirent au malheur des refuges sacrés?
Déserts de l'Orient, sables, sommets arides,
Catacombes, forêts, sauvages Thébaldes,
Oh! que d'infortunés votre noire épaisseur
A dérobés jadis au fer de l'opresseur!
C'est là qu'ils se cachaient; et les chrétiens fidèles,
Que la religion protégeait de ses ailes,
Vivant avec Dieu seul dans leurs pieux tombeaux,
Pouvaient au moins prier sans craindre les bourreaux.
Le tyran n'osait plus y chercher ses victimes.
Et que dis-je? accablé de l'horreur de ses crimes,
Souvent dans ces lieux saints l'opresseur désarmé
Venait demander grâce aux pieds de l'opprimé.
D'héroïques vertus habitaient l'ermitage.
Je vois dans les débris de Thèbes, de Carthage,
Au creux des souterrains, au fond des vieilles tours,
D'illustres pénitents fuir le monde et les cours.
La voix des passions se tait sous leurs cilices;
Mais leurs austérités ne sont point sans délices:
Celui qu'ils ont cherché ne les oublia pas;
Dieu commande au désert de fleurir sous leurs pas.
Palmier, qui rafraîchis la plaine de Syrie,
Ils venaient reposer sous ton ombre chérie!
Prophétique Jourdain, ils erraient sur tes bords!
Et vous, qu'un roi charma de ses divins accords,
Cédés du haut Liban, sur votre cime altièrre,
Vous portiez jusqu'au ciel leur ardente prière!
Cet antre protégeait leur paisible sommeil;
Souvent le cri de l'aigle avança leur réveil;
Ils chantaient l'Eternel sur le roc solitaire.
Au bruit sourd du torrent dont l'eau les désaltère,
Quand tout à coup un ange, en dévoilant ses traits,
Leur porte, au nom du ciel, un message de paix.
Et cependant leurs jours n'étaient point sans orages.
Cet éloquent Jérôme, honneur des premiers âges,
Voyait, sous le cilice et de cendres couvert,
Les voluptés de Rome assiéger son désert.
Leurs combats exerçaient son austère sagesse.
Peut-être, comme lui, déplorant sa faiblesse,
Un mortel trop sensible habita ce séjour.
Hélas! plus d'une fois les soupirs de l'amour
S'élevaient dans la nuit du fond des monastères;
En vain le repoussant de ses regards austères,
La pénitence veille à côté d'un cercueil:

(1) El Luxemburgo.

Il entre déguisé sous les voiles du deuil;
Au Dieu consolateur en pleurant il se donne:
A Comminge, à Rancé, Dieu sans doute pardonne:
A Comminge, à Rancé, qui ne doit quelques pleurs?
Qui n'en sait les amours? qui n'en plaint les malheurs?
Et toi, dont le nom seul trouble l'âme amoureuse,
Des bois du Paraclét vestale malheureuse,
Toi qui, sans prononcer de vulgaires serments,
Fis connaître à l'amour de nouveaux sentiments;
Toi que l'homme sensible, abusé par lui-même,
Se plaît à retrouver dans la femme qu'il aime;
Héloïse! à ton nom quel cœur ne s'attendrit?
Tel qu'un autre Abailard ton amant te chérit.
Que de fois j'ai cherché, loin d'un monde volage,
L'asile où dans Paris s'écoula ton jeune âge!
Ces vénérables tours qu'allonge vers les cieux,
La cathédrale antique où priaient nos aïeux,
Ces tours ont conservé ton amoureuse histoire.
Là tout m'en parle encor (1): là revit ta mémoire;
Là du toit de Fulbert j'ai revu les débris.
On dit même, en ces lieux, par ton ombre chéris,
Qu'un long gémissement s'éleva chaque année
A l'heure où se forma ton funeste hyménée.
La jeune fille alors lit, au déclin du jour,
Cette lettre élocuente où brûle ton amour:
Son trouble est aperçu de l'amant qu'elle adore,
Et des feux que tu peins son feu s'accroît encore.
Mais que fais-je, imprudent? quoi! dans ce lieu sacré
J'ose parler d'amour, et je marche entouré
Des leçons du tombeau, des menaces suprêmes!
Ces murs, ces longs dortoires, se couvrent d'anathèmes,
De sentences de mort qu'aux yeux épouvantés
L'ange exterminateur écrit de tout côtés;
Je lis à chaque pas: Dieu, l'enfer, la vengeance.
Partout est la rigueur, nulle part la clémence.
Cloître sombre, où l'amour est proscrit par le ciel;
Où l'instinct le plus cher est le plus criminel,
Déjà, déjà ton deuil plaît moins à ma pensée.
L'imagination, vers tes murs élançée,
Chercha le saint repos, leur long recueillement;
Mais mon âme a besoin d'un plus doux sentiment.
Ces devoirs rigoureux font trembler ma faiblesse.
Toutefois quand le temps, qui détrompe sans cesse,
Pour moi des passions détruira les erreurs,
Et leurs plaisirs trop courts souvent mêlés de pleurs:
Quand mon cœur nourrira quelque peine secrète,
Dans ces moments plus doux et si chers au poète,
Où, fatigué du monde, il veut, libre du moins,
Et jouir de lui-même, et rêver sans témoins,
Alors je reviendrai, solitude tranquille,
Oublier dans ton sein les ennuis de la ville,
Et retrouver encor, sous ces lambris déserts,
Les mêmes sentiments retracés dans ces vers.

CAPÍTULO III.

LAS RUINAS EN GENERAL.

Que las hay de dos especies.

DEL exámen de las localidades de los monumentos cristianos, pasamos á tratar de los efectos de sus ruinas, pues estas ofrecen al corazón magestuosos recuerdos, y á las artes interesantes composiciones. Consagramos algunas páginas á esta poética de los muertos.

Todos los hombres experimentan una secreta atracción á la vista de las ruinas; este sentimiento procede de la fragilidad de nuestra naturaleza, y de una oculta conformidad entre esos derruidos monumentos y la brevedad de nuestra existencia. Unese además á estas causas una idea que consuela nuestra pequenez, al ver que pueblos enteros y hombres algunas veces tan famosos, no han podido vivir, sin embargo, mas allá de los escasos dias señalados á nuestra oscuridad. Así es que las ruinas esparcen una gran moralidad en las escenas naturales; y cuando están colocadas en un cuadro, inténtase en vano dirigir la vista á otra parte, pues se presentan irresistiblemente á ella. ¿Y por qué no pasarían las obras de la mano del hombre, cuando el

(1) Heloisa vivía en el convento de Nuestra Señora, y aun se ve la casa de su tío, el canónigo Fulbert.

CAPÍTULO IV.

EFFECTO PINTORESCO DE LAS RUINAS.

Ruinas de Palmira, de Egipto, etc.

Las ruinas consideradas bajo el aspecto pintoresco, embelesan mas en un cuadro que el monumento entero y reciente. En los templos no maltratados por los siglos, las paredes ocultan una parte del paisaje, é impiden que se perciban las columnas y molduras del edificio; pero cuando se desploman, no queda de ellos otra cosa que unas masas aisladas, entre las cuales se descubren por lo alto y á lo lejos, los astros, las nubes, las montañas, los bosques y los rios. Entonces, por un efecto natural de la óptica, se retiran los horizontes, y las galerías suspendidas en el aire se dividen sobre el fondo del cielo y de la tierra. Estos bellos efectos no fueron desconocidos de los antiguos, pues levantaban circos sin macizos, para dar paso á todas las ilusiones de la perspectiva.

Tienen tambien las ruinas conformidades particulares con sus desiertos, segun el estilo de su arquitectura, sitios donde se hallan colocadas, y reinos de la naturaleza en el meridiano que ocupan.

En los países cálidos, poco favorables á las yerbas y musgos, se ven desnudas de las yerbas que adornan nuestros castillos y vetustas torres; pero tambien los mas corpulentos vegetales se unen á los mayores modelos de su arquitectura. En Palmira, la palma divide las cabezas de *hombre* y de *leon* que sostienen los capiteles del templo del Sol. La palma reemplaza con su columna la columna derribada, y el albérrigo, que los antiguos consagraban á Harpocrates, se eleva en el retiro del silencio. Aun se ve allí una especie de árboles, cuyas desaliñadas hojas y blancos frutos presentan con los inseguros escombros los mas bellos contrastes de tristeza. Una caravana que descansa en estos desiertos, multiplica sus efectos pintorescos. El traje oriental hermana bien su nobleza con la de estas ruinas, y los camellos y dromedarios parecen agigantarse, cuando tendidos entre los enormes escombros, no dejan ver sino sus rojas cabezas y sus gibosas espaldas.

Las ruinas en Egipto cambian de carácter: por lo comun presentan en un corto espacio todas las especies de arquitectura y de memorias. La Esfinge, y las columnas del antiguo estilo egipcio se elevan al par de la elegante columna corintia; un trozo de orden toscano se une á una torre árabe, y un monumento del pueblo pastor se confunde con una construcción romana.

Las Esfinges, los Anubis, las estatuas rotas y los mutilados obeliscos han rodado hasta el Nilo, y se ocultan en la tierra ó bajo la yerba, y en derredor se extienden campos cubiertos de habas y trébol. Algunas veces, en los desbordamientos del rio, estas ruinas se asemejan á una gran flota; otras, las nubes, fingiendo vistosas ondas á entrambos lados de las Pirámides, las dividen en dos mitades. El chacal, colocado sobre un pedestal abandonado, extiende su hocico de lobo por detrás del busto de un Pan con cabeza de carnero: la gacela, el avestruz y el ibis saltan entre los escombros, y la gallina sultana se mantiene inmóvil, como una ave geroglífica de granito ó de pórfido.

El valle de Tempe, los bosques del Olimpo, las costas de Atica y del Peloponeso, presentan por todas partes las ruinas de la Grecia. Allí principian á descubrirse los musgos, las plantas trepadoras y las flores llamadas saxátiles; una guirnalda de jazmin abraza á una Venus antigua, como para devolverle su cenidor; unos filamentos de musgo blanco bajan de la barba de una Hebe, y la amapola crece sobre las hojas del libro de Mnemosina, verdadero simbolo de la pasada fama,

sol que las alumbraba caerá un día de la bóveda en que gira? El que lo colocó en los cielos es el único soberano cuyo imperio no admite ruinas.

Estas son de dos clases: unas son obra del tiempo, otras lo son de los hombres; las primeras nada tienen de desagradable, porque la naturaleza trabaja á la par de los años: si estos aglomeran escombros, aquella siembra flores; si ellos abren un sepulcro, ella coloca en él el nido de una paloma, pues ocupada sin cesar en reproducir, rodea la muerte con las mas plácidas y risueñas ilusiones de la vida.

Las segundas son mas bien devastaciones que ruinas, y solo ofrecen la imágen de la nada, sin la acción de un poder reparador; obra de la desgracia, que no de los años, parecen unos cabellos blancos en una cabeza juvenil. Las destrucciones de los hombres son por otra parte mucho mas violentas y completas que las de los años; estos minan, pero aquellos derriban. Cuando Dios, por arcanos superiores á nuestra comprensión, quiere apresurar las ruinas del mundo, manda al Tiempo entregar su hoz al hombre, y entonces mira el Tiempo con espanto cómo este arruina en un instante lo que él hubiera necesitado muchos siglos para destruir.

Paseándome un día á espaldas del palacio de Luxemburgo, me hallé en aquella misma Cartuja descrita por Mr. de Fontanes. Ví una iglesia cuyo techo estaba hundido, arrancados los plomos de sus ventanas, y cerradas sus puertas con tablas derechas. La mayor parte de las obras de este monasterio no existia. Recorrí largo rato las piedras sepulcrales de mármol negro esparcidas por el suelo, algunas de las cuales estaban del todo rotas, mientras otras conservaban aun varios restos de epitafios. Entré en el claustro interior, donde ví dos ciruelos silvestres que crecían entre escombros y altas yerbas. En las paredes se conservaban unas pinturas medio borradas que representaban la vida de San Bruno, y junto al alero de la iglesia subsistía un reloj de sol; pero en el santuario, en lugar de aquel himno de paz que se cantaba algun día en honor de los difuntos, se oía tan solo el instrumento del operario que serraba los sepulcros.

Mis reflexiones en aquel lugar están al alcance de cualquiera. Salí de allí con el corazón lacerado, y entré en el arrabal vecino, sin saber á donde me dirigia. Acercábase ya la noche, y al pasar entre dos altas paredes de una calle desierta, oí de repente el sonido de un órgano que salía de una iglesia vecina (que celebraba la octava del Corpus), y las palabras de aquel cántico de triunfo: *Laudate Dominum omnes gentes*. No me es posible pintar el efecto que hicieron en mí estos cánticos; me pareció oír una voz del cielo que me decía: «Cristiano sin fe, ¿por qué pierdes la esperanza? ¿Piensas acaso que mudo mis designios como los hombres, ó que abandono porque castigo? En vez de censurar mis decretos, procura imitar á estos siervos fieles que bendicen los golpes de mi mano, hasta debajo de las ruinas con que les abrumo.»

Entré en la iglesia al tiempo que el sacerdote echaba la bendición. Unos ancianos, unas pobres mujeres, y algunos niños, estaban postrados en tierra; imitales; y vertiendo copiosas lágrimas, dije en lo íntimo de mi corazón: «Perdóname, Señor, si he murmurado al ver la desolación de tu templo, y perdona mi escasa razón: el hombre no es otra cosa que un edificio arruinado, un resto del pecado y de la muerte: su amor tibio, su vacilante fe, su limitada caridad, sus imperfectos sentimientos, sus mezquinos pensamientos, y su corazón, juguete de mil encontrados afectos, son en él otras tantas ruinas.

y del presente olvido de estos lugares. Las ondas del Egeo, que vienen ó espiran bajo estos pórticos derumbados; Filomela que se queja, Alción que llora, Cadmo que estrecha entre sus anillos un altar; el cisne que hace su nido en el seno de una Leda: todos estos accidentes producidos como por las Gracias, rodean de encanto las ruinas poéticas. Creerse pudiera que un soplo divino anima aun el polvo de los templos de Apolo y de las Musas; y todo aquel paisaje bañado por el mar, parece el hermoso cuadro de Apeles consagrado á Neptuno, y colgado á sus orillas.

CAPITULO V.

Ruinas de los monumentos cristianos.

Las ruinas de los monumentos cristianos no ofrecen la misma elegancia, pero bajo otros aspectos pueden bien competir con ella. Las mas hermosas que se conocen, se encuentran en Inglaterra á orillas del lago de Cumberland, en las montañas de Escocia, y aun en las Orcadas. Los costados bajos del coro, los arcos de las ventanas, las cinceladas obras de las bóvedas, las pilastras de los claustros, y algunos paredones del campanario, son las únicas partes que han resistido á las injurias del tiempo.

En los órdenes griegos, las bóvedas y los centros siguen paralelamente los arcos del cielo, de modo que sobre un pardo pabellon de nubes, ó sobre un paisaje oscuro, se pierden en el espacio. En el órden gótico las puntas contrastan con la redondez de los cielos y la curvatura del horizonte. Además, componiéndose de vanos el órden gótico, se decora mas facilmente con yerbas y flores que los macizos de los órdenes griegos. Los duplicados filetes de las pilastras, y las bóvedas recortadas á manera de hojas, ó ahuecadas, figuran unas cestas donde los vientos llevan con el polvo las semillas de los vegetales. La siempreviva se arraiga en los cimientos; los musgos rodean los desiguales escombros con su elástica borra; la zarza hace salir sus círculos oscuros en el hueco rasgado de una ventana, y la yedra, extendiéndose á lo largo de los claustros septentrionales, pende en graciosos festones sobre los arcos.

No hay ruina alguna de efecto mas pintoresco que estos escombros. Bajo de un cielo nebuloso, en medio de los vientos y las tempestades, y á la orilla del mar cuyas tormentas cantó Osian, su arquitectura gótica presenta algo de grande y sombrío, como el Dios de Sinaí, cuya memoria perpetúa. Sentado el viajero en las Orcadas sobre un altar destrozado, admira la tristeza de estos lugares. Un océano salvaje; unas sirtes cubiertas de espesas nieblas; unos valles en que se levantan sepulcrales piedras; los torrentes que ruedan por entre los matorrales, y algunos pinos parduzcos diseminados sobre un desierto cubierto de nieve, es todo lo que á la vista se ofrece. Gira el viento en las ruinas, y sus innumerables grietas se convierten en otros tantos conductos que exhalan lastimeras quejas. Menos dulce suspiraba un día el órgano bajo aquellas religiosas bóvedas. Las largas yerbas se estremecen en las hendiduras de las cúpulas, y á través de ellas se ve huir la nube, ó volar el ave de las regiones boreales. Perdido alguna vez el derrotero, oculto un bajel en sus redondeadas velas, bien así como un espíritu de las aguas cubierto con sus alas, surca las abandonadas olas; y á impulso del Aquilon parece inclinarse á cada paso para saludar los mares que bañan los restos del templo de Dios.

Por estas ignoradas playas pasaron aquellos hombres que adoraban la Sabiduría, que un día paseó omnipotente bajo las ondas. Ora, en sus solemnidades, se adelantaban á lo largo de las playas, cantado con el Salmista: «¡Cuán vasto es ese mar que extiende á lo lejos sus espaciosos brazos!» Ora, sentados en la gru-

ta de Fingal, cerca de los respiraderos del Océano, creían oír esta vez que decía á Job: «¿Sabes quién ha encerrado el mar en sus diques, cuando se desbordaba del seno de su madre, *quasi de vulva procedens?* Cuando las tempestades del invierno se desencadenaban durante la noche; cuando los torbellinos envolvían el monasterio, los tranquilos cenobitas, retirados en sus celdas, se adormían al murmullo de las tempestades, considerándose felices por haberse embarcado en esa nave del Señor, que jamás zozobrará.

¡Sagrados restos de los monumentos cristianos! ¡Vosotros no traéis á la memoria, como tantas otras ruinas, la sangre vertida, ni las injusticias y las violencias consumadas! Solo narráis una historia tranquila ó los misteriosos sufrimientos del Hijo del Hombre. Y vosotros, santos ermitaños, que para llegar á mas venturosos retiros, os desterrásteis á los hielos del polo, ahora gozáis el fruto de vuestros sacrificios. Si hay entre los ángeles, como entre los hombres, campos habitados y lugares desiertos, así como sepultásteis vuestras virtudes en las soledades de la tierra, habreis sin duda elegido las soledades del cielo para ocultar vuestra incomprendible felicidad.

CAPITULO VII.

ARMONÍAS MORALES.

Devociones populares.

ABANDONANDO las armonías físicas de los monumentos religiosos y de las escenas de la naturaleza, hablemos ya de las armonías morales del Cristianismo. Preciso es colocar en primer término esas devociones populares, que consisten en ciertas creencias y ciertos ritos practicados por la multitud, sin hallarse ni absolutamente sancionados ni proscritos por la Iglesia, pues en realidad son meras armonías de la Religión y la naturaleza. Cuando el pueblo cree oír la voz de los muertos en los vientos; cuando habla de las fantasmas de la noche; cuando va en peregrinación para alivio de sus males, es evidente que todo esto no es otra cosa que unas tiernas relaciones entre algunas escenas naturales, ó algunos dogmas sagrados y la miseria de nuestros corazones. Síguese de aquí que cuantas mas devociones populares tiene un culto, mas poético es, puesto que la poesía se funda en los movimientos del alma y los accidentes de la naturaleza, revestidos de cierto misterio, mediante la intervencion de las ideas religiosas.

Compasion deberíamos excitar si, queriendo someter todo á las reglas de la razón, condenásemos con rigor unas creencias que ayudan al pueblo á soportar las amarguras de la vida y le enseñan una moral que nunca le enseñarían las mejores leyes. Es conveniente y hermoso, aunque lo contrario se sustente, que todas nuestras acciones estén llenas de Dios, y que sus milagros nos rodeen incesantemente.

El pueblo es mucho mas sabio que los filósofos. Cada fuente, cada cruz en un camino, cada suspiro del viento en la noche, encierra un prodigio, pues para el hombre de fe, la naturaleza es una constante maravilla. Si sufre, ora ante su pequeña imagen y queda consolado. Si necesita volver á ver un pariente ó un amigo, hace un voto; toma el báculo y el bordon del peregrino, atraviesa los Alpes ó los Pirineos, visita á Nuestra Señora de Loreto, ó á Santiago de Galicia; arrodillase, y pide al santo le devuelva un hijo (pobre marinero, acaso perdido en los mares), que le salve su esposa ó prolongue los días de su padre, y su corazón se siente aligerado. Regresa á su cabaña: cargado de conchas, hace resonar las aldeas al sonido de su bocina, y canta en sencillas tróvas la bondad de María, madre de Dios. Todos quieren tener algun objeto que haya pertenecido al peregrino. ¡Cuántos

males no se curan por medio de una cinta consagrada! El peregrino llega á su aldea, y los primeros que le salen al encuentro son su mujer regocijada, el hijo que llorara perdido, y su rejuvenecido padre.

¡Felices, tres y cuatro veces felices los que creen que no pueden sonreír sin sonreír siempre, ó que no pueden llorar sin creer que se acercan al término de sus lágrimas! Su llanto no es perdido, pues la Religión lo recibe en su urna y lo presenta al Eterno.

Los pasos del verdadero creyente nunca son solitarios; un ángel bueno le custodia, le envía consejos en sus ensueños, y le protege contra el ángel malo. Este amigo se sacrifica por él hasta el punto de desenterrarse en la tierra.

¡Había entre los antiguos algo mas admirable que multitud de antiguas prácticas de nuestra religión? Si en una sinuosidad del bosque se hallaba el cuerpo de un hombre asesinado, plantábase una cruz en aquel lugar; en señal de misericordia; aquella cruz pedía al samaritano una lágrima para un infortunado, y al habitante de la ciudad fiel, una plegaria para su hermano. ¡Y acaso aquel viajero era tal vez un extranjero que habia dejado de existir lejos de su país, como aquel ilustre desconocido, sacrificado por la mano de los hombres, lejos de su patria celestial! ¡Sublime comercio entre Dios y nosotros! ¡Cuán elevada no añadia esto á la naturaleza humana! Y, ¡cuán admirable era atreverse á hallar analogías entre nuestros perecederos días y la eterna existencia del Señor de los mundos!

No hablaremos de esos júbilos substituidos á los juegos seculares, que bañaban á los cristianos en la piscina del arrepentimiento, rejuvenecían las conciencias, y llamaban á los pecadores á la amnistia de la Religión. Tampoco diremos cómo en las calamidades públicas, los poderosos y los humildes iban descalzos de iglesia en iglesia, procurando desarmar la cólera divina. El pastor les precedía con una cuerda al cuello, víctima humilde que se sacrificaba por la salvación del rebaño.

El pueblo no temía estas plagas cuando guardaba el crucifijo de ébano, el laurel bendito, ó la imagen del santo patrono de la familia. ¡Cuántas veces no se arrodillaba delante de estas reliquias, para alcanzar de ellas los auxilios que no obtuviera de los hombres!

¿Quién no conoce á Nuestra Señora de los Bosques, habitadora del tronco de un año espino, ó del musgoso hueco de una fuente? Célebre es su nombre en la aldea por sus milagros. ¡Cuántas matronas os dirán que sus dolores de parto han sido menos intensos desde que invocaron á la buena María de los Bosques! Las doncellas que perdieron á su futuro esposo, han visto, á la claridad de la luna, su alma en aquel solitario lugar, y reconocido su voz en los suspiros de la fuente. Las palomas que beben sus aguas, tienen siempre huevos en sus nidos, y las flores que crecen en sus orillas, ostentan en sus tallos perennes capullos. Era conveniente que la Santa de los bosques hiciese milagros tan agradables como los musgos en que habita y las aguas que la velan.

En los grandes acontecimientos de la vida es cuando las costumbres religiosas ofrecen sus consuelos á los que de ellos han menester. En cierta ocasión presencié un naufragio: al saltar á la playa, los marineros se desnudaron, no conservando sino sus pantalones y sus mojadas camisas, pues habian hecho un voto á la Virgen durante la tempestad; hecho esto, se encaminaron procesionalmente á una pequeña capilla dedicada á Santo Tomás. El capitán marchaba á su cabeza, y el pueblo les seguía cantando con ellos el *Ave maris stella*. El sacerdote celebró la misa de los naufragos, y los marineros colgaron en *ex voto* sus ropas empapadas en el agua del mar, en las paredes de la capilla. La filosofía puede henchir sus páginas de palabras magníficas, pero dudamos que los desgra-

ciados suspendan alguna vez sus vestidos en su templo.

La muerte, tan patética porque toca las cosas inmortales, y tan misteriosa en razón de su silencio, tenía mil maneras de anunciarse al pueblo. Ya una defunción se hacia preveer por el tañido de una campana que sonaba por sí misma; ya el hombre que habia de morir hacia resonar tres golpes en el pavimento de su cuarto. Una religiosa de San Benito, próxima á abandonar la tierra, hallaba una corona de espinos blanco en el dintel de su celda; y si una madre perdía á su hijo en remotos países, tenía al punto noticia del triste caso, por medio de un sueño. Los que niegan los presentimientos, nunca conocerán los secretos caminos por donde dos corazones que se aman se comunican, del uno al otro confin del orbe. Y no pocas veces, el difunto querido salía del sepulcro, y se presentaba á su amigo para encargarle le dedicase algunas oraciones, que le rescatasen de las llamas y le condujesen á la felicidad de escogidos. Así, la Religión habia hecho á la amistad partícipe del hermoso privilegio que tiene Dios de conceder una felicidad de bienaventuranza.

Otras opiniones de diferente índole, pero siempre de carácter religioso, inspiraban á la humanidad, siendo tal su sencillez, que rodean al escritor de cierta dificultad de expresarlas. Tocar el nido de una golondrina, dar muerte á un pitirojo, á un reyezuelo, á un grillo, huésped del hogar campestre, ó á un perro envejecido al servicio de la familia, era una especie de impiedad que nunca dejaba, en la popular creencia, de atraer algun castigo sobre el culpable. En virtud de un admirable respeto á la ancianidad, se creía que las personas de edad proveya eran de feliz agüero en una casa, y que un antiguo criado era mensajero de faustos sucesos para su amo. Aquí se encuentran algunos indicios del tierno culto de los *Lares*, y se recuerda á la hija de Laban, llevando consigo sus dioses paternos.

El pueblo estaba persuadido de que nadie comete una acción aviesa sin condenarse á tener á la vista, durante el resto de su vida, espantosas apariciones. La antigüedad, mas sabia que nosotros, hubiérase abstenido de destruir estas armonías de la Religión, la conciencia y la moral. Ni hubiera rechazado esa otra opinion, en cuya virtud se tenía por cierto que todo aquel que disfrutaba de una prosperidad ilegítima, habia hecho un pacto con el espíritu de tinieblas y legado su alma á los infiernos.

Por último, los vientos, las lluvias, los soles, las estaciones, las faenas agrícolas, las artes, el nacimiento, la niñez, el matrimonio, la vejez y la muerte, tenían sus santos é imágenes, y nunca pueblo alguno se vió mas rodeado de divinidades amigas que el pueblo cristiano.

No tratamos de examinar rigurosamente semejantes creencias. Lejos de prescribir cosa alguna respecto de ellas, la Religión servía por lo contrario para precaver su abuso y corregir su exceso. Nuestro único objeto es saber si su fin es moral, y si son mas á propósito que las mismas leyes para conducir á la muchedumbre á la virtud. ¿Y qué hombre sensato puede dudarlo? A fuerza de declamar contra la superstición, se llegará á abrir el camino á todos los crímenes. Lo que debe admirar á los sofistas es que en medio de los males que causan, ni aun tengan la satisfacción de ver mas crédulo al pueblo. Si este dejara de someter su espíritu á la Religión, se entregaría á las mas monstruosas opiniones, y se sentiría dominado de un terror tanto mas extraño, cuanto que desconocería su causa; temblaría en un cementerio en que se hubiera grabado que la *muerte es un sueño eterno*; y mientras aparentase despreciar el poder divino, iría á interrogar á la gitana, ó á escudriñar sus destinos en los delirios del arte de la adivinación.

El hombre necesita lo maravilloso, un porvenir y